

laces. Overtamente, las cosas que
se hacen precipitadamente y sin
reflexion producen muy frecuen-
temente el efecto de un sensible in-
termitimiento y en el medio por
ficio esta historia para que sirva
de espejo y ejemplo a la impetu-
ridad de la desgracia de estos in-
felicices, que mal aconsejados y sin
esperanza creyeron hablar en de-
licias con dases simplemente in-
mano; mas sacudiendo el yugo de
la opresion, agitaron el cami-
no de su perdicion, ypear de la-
pete amado con tan santos líos,
pues los tallo la reflexion y pen-
dencia que necesitaba semejante
resolucion, y así se ve en el
modo de su desgracia en el
de su desgracia en el

HISTORIA TRAGICA 16.^a



CARMOSINA

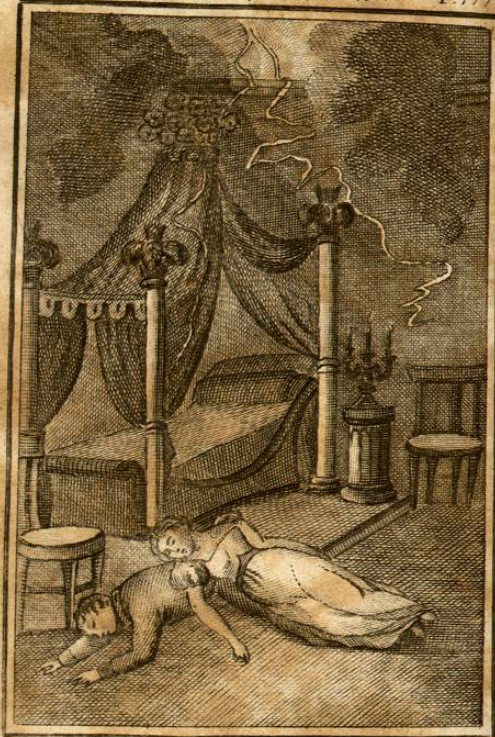
Y

MAXIMINO.

HISTORIA TRAGICA

CARMOSINI

JOHANNIS



Estado cruel!!! He aquí las delicias que preparabas á estos tiernos amantes en el día de ser ya esposos.!!!

DISCURSO PRELIMINAR.

No hai mal que por bien no venga, dice un proverbio castellano; y en efecto, lo que algunas veces creemos puede causar un daño, suele producirnos provecho. La concupiscencia es precisamente una enfermedad comun á todo el género humano: mirada bajo el rigoroso punto de vista con que ataca á entrambos sexos, no produce por lo comun, digámoslo francamente, sino malos deseos pasada la edad de la inocencia, como esta no sea educada en la virtud, modesta en sus acciones infantiles y refrenada

con la gracia de la regeneracion, y la de los demas Sacramentos en el uso de la razon. Es una perversidad, una corrupcion del buen natural; no habrá hombre que lo niegue tratando de decir la verdad.

De este mal sin embargo, de esta pasion generalmente tan funesta, principalmente cuando ya llega al grado de amor, se han seguido muchas veces efectos maravillosos de correccion en personas de una conducta la mas desarreglada; por lo que es preciso convenir, en que siendo esta pasion como un veneno que sirve de contraveneno á otro veneno, se parece al escorpion que encierra en sí mismo la herida y el remedio, la muerte y la vida. No por esto di-

remos sea conveniente entregarse sin recelo ni reflexion al amor; pues en todo caso debe evitarse caer en sus lazos, siendo casi siempre funestos á la juventud por no reflexionar ni detenerse en dificultades en llegando á esclavizarse su corazon. En quanto al amor sincero y puro, nada tiene que ver con el placer brutal, pues este no comprende la dulce amistad en un solo sexo ni en ambos, la que produce el mútuo cariño sin malicia y sin objeto criminal. Mas dejáremos á un lado este punto, y nos concretaremos á probar, que suele obrar efectos que parecen imposibles en las demas pasiones comunes al género humano, y mudanzas prodigiosas en el carácter, en

las costumbres y en toda nuestra natural vocacion.

No hai vicio que mas pervierta y esclavice al hombre, que el juego; y tan dificil es convertir un lobo en oveja, como desarraigar su aficion tan peligrosa como vituperable en todos los estados, edades y condiciones por el escándalo, empobrecimiento y desgracias que acarrea á las criaturas; sin embargo, el amor es á veces como el antidoto que destruye esta pasion en el hombre por mas encenagado que le tenga, como se verá por la historia siguiente de un jóven napolitano que en la noche misma de su enlace fue sacrificado, despues de haber sufrido tanto por la que acababa de recibir el título de esposo.



En la hermosa y rica ciudad de Nápoles hubo hace tiempo entre aquella florida juventud un caballero de una de aquellas casas mas ilustres y acomodadas, que criado con mas libertad que la que se debe dar en la primera edad tan propensa á voluntariedades, mostró despues de haber quedado huérfano de padre y madre, lo perjudicial que es á las buenas inclinaciones una mala educacion.

Este jóven se llamaba Maximino, mas rico que lo que era nece-

sario; pues con motivo de una herencia tan fuerte como la que cogió, en nada se ocupaba útilmente, y solo pensaba en los placeres de la mesa; habiendo quedado sin curador que vigilase su conducta y le fuese á la mano en sus excesos, no tardó en dar señales convincentes de su relajacion y completa prostitucion; pues aunque nunca habia sido mas que espectador cuando su padre jugaba, pocos sin embargo le aventajaban en la ciencia de manejar las cartas de una baraja; pero con tan mala suerte, que rara era la vez en que no perudiese y pagase el escote de toda la reunion de jugadores. Conocido á poco tiempo en él este vicio, empezaron á reprenderle esta falta

muchos que habian sido amigos de su difunto padre, y que á él le habian visto nacer, diciéndole que el camino de la virtud no empezaba por una senda tan peligrosa y fea; que pocos hombres de los que habian tenido este vicio toda la vida, habian muerto ricos; y que siendo la fuente de donde nacen todas las pasiones desordenadas, eran todos los jugadores blasfemos, camorristas, disputadores, glotonnes, tramposos, ladrones; y en fin, para que nada les falte, asesinos; medio seguro de servir un dia de espectáculo sobre un patíbulo á todo un pueblo; aconsejándole y suplicándole tuviese en consideracion la buena reputacion de sus antepasados, y la honorífica memo-

ria tan reciente aun de la buena conducta de su difunto padre, para no incurrir en la infamia que nunca tuvieron sus antiguos. Pero Maximino, que no gustaba de consejos, como todo jóven entregado á sus locos caprichos, les respondió que no tenia que darles cuenta de sus operaciones; que las personas que trataba eran tales, que los sugetos mas distinguidos no se desdeñaban de alternar con ellas y de obsequiarlas en sus casas; por lo demas, que cuidasen de sus hijos, pues en quanto á él no era tan jóven que no supiese gobernar sus asuntos y vivir sin ayos. Con tan bella respuesta dejó asombrados á todos los que llevados del cariño habian tratado de aconsejar-

le por su bien: mas lo que estos verdaderos amigos no le pudieron hacer entender, se lo hizo conocer bien pronto la misma ceguedad de los hombres, abriéndole los ojos para ver sus estravios. El amor fue el que á pesar de pintarle niño y ciego, hizo entrar en cuenta á Maximino, lo que no es de estrañar cuando ejerce esta virtud hasta con los mas sabios, que vencidos por esta pasion, se convierten en brutos y pierden el juicio, haciendo cambiar en las criaturas los caracteres, las costumbres, las inclinaciones y hasta quitarles la fuerza intelectual.

Tal fue la mudanza que se vió repentinamente en Maximino. En este tiempo habia en Nápoles un

rico comerciante, cuyo nombre era Pedro Minio, que á mas de sus grandes riquezas tenia una hija llamada Carmosina, tan bella que era el encanto de toda la ciudad. Verla y amarla Maximino todo fue uno, y desde aquel momento empezó á mirar con indiferencia el juego, teniendo ya el amor ocupada esclusivamente su imaginacion en aquella belleza. Esta, que era jóven y sencilla, viendo la gallarda presencia y elegantes ademanes de su nuevo pretendiente (cosa que llama mas la atencion de muchas jóvenes en el dia que la virtud), se enamoró igualmente de él. Maximino sintiéndose lleno de inquietud con una pasion que nunca habia experimentado, no cesa-

ba de suspirar; nada, ni aun el juego le distraia, y hasta en sueños carecia del sosiego que necesitaba disfrutar. En tal estado trató de discurrir el medio de insinuar su afecto á Carmosina, para poderla pedir á su padre si ella consentia en ello; pues no dudaba se la concediese siendo iguales en edad y nacimiento; pero olvidaba lo mejor que en el dia es lo mas importante, y son las riquezas, de lo que nuestro Maximino no estaba mui aventajado por el vicio del juego; y aun menos se hacia cargo de la mala nota que habia adquirido por saber ya toda la ciudad que era un jugador: mas como le tenia ciego su pasion, y no se presumia disfrutar tan mala opi-

nion , trató de echar la sonda para conocer el corazon y voluntad de la hija de Minio , y la escribió una carta , por medio de una vieja , que era su Aya , concebida en estos términos:

Carta de Maximino á la hermosa Carmosina.

Ocupado , Señorita , mi pensamiento únicamente en vuestras gracias , no puede dedicarse á otra cosa que al amor que le ha cautivado. Es ya tal el dominio que teneis sobre mi corazon , que no puedo menos de romper el silencio para declararos mi inclinacion y suplicaros os compadezcáis de mí. Esta pasion se dirige al santo lazo del

matrimonio ; y me hareis feliz si me aceptais por vuestro esclavo , en cuyo caso volaré sin detencion á pedirlos á vuestro padre por esposa. No ignorais quién yo soi y cuál es mi origen ; mas cuando esto no fuese suficiente á moveros , os suplico reflexioneis en mi esclavitud y en esta pasion que me devora ; y mientras mis ojos tienen la dicha de ver vuestro consentimiento á mi súplica , queda á vuestros pies vuestro humilde esclavo

Maximino.

Carmosina , que no estaba acostumbrada á recibir esta clase de correspondencia , se sorprendió leyendo una carta tan fina ; pero no la disgustó el saber que Maximino

la amaba, hallándose herida de la misma pasión. Después, como fuera del vicio del juego, era Maximino uno de los jóvenes más recomendables de la ciudad, no era extraño que la interesase su pasión; y de consiguiente, estimulada por su Aya á seguir su inclinación y corresponder á este joven, le contestó de esta manera:

Carta de Carmosina á Maximino.

Señor don Maximino: por la carta que me habeis dirigido por mi Aya, veo la buena voluntad que me profesais, de lo que os doi las debidas gracias, considerándome muy dichosa de que me ameis con un fin tan honesto, sin que nun-

ca pueda resentirse mi delicadeza de vuestra declaración y honrado proceder. Pero siento no poder resolver un punto que dependerá siempre de la voluntad de mis padres, á quienes debo tributar mi respeto y obediencia; mas esto no obsta á confesaros que me alegraría os diesen la preferencia en la elección de marido, siendo el primero que ha solicitado mi mano, y estando ya mi corazón interesado. Creo conveniente hableis á mi padre, pues sabiendo quién sois y conociendo á vuestra familia, me persuado no desaprobará nuestro enlace. De otra manera yo no puedo amar; pues sería tiempo perdido dedicar mi cariño á un imposible. Entre tanto pido á Dios prote-

ja vuestros deseos, para ver cumplidos los de vuestra atenta agradecida servidora y amiga

Carmosina.

Cuando Maximino leyó este bilette, se quedó como sorprendido por el efecto que le causó el placer al primer momento, y luego se entregó á la meditacion sobre las delicias que le proporcionaria este enlace con una jóven tan hermosa. Esto sin embargo no le impedia frecuentar las casas de juego con tal exceso, que en poco tiempo perdió casi todas las riquezas que habia heredado de su padre. No obstante, ciego de amor por su Carmosina, y no conociéndose á sí mismo, como sucede ca-

si á todos los hombres, se dirigió á su padre, y le propuso el enlace con su hija; á lo que el buen hombre le respondió: « Señor don Maximino, me es mui sensible que vos, siendo de una familia tan ilustre y tan rica, tengais que oir de mi boca dos cosas que van á incomodaros con respecto al motivo que os conduce á mi casa. Yo agradezco mucho que os hayais acordado de mi hija para hacerla vuestra esposa; pero para que no os molesteis ni comprometais mas su corazon, debo desengañaros y deciros, que no puedo resolverme á casarla con un hombre que no tiene con que mantenerla, ni juicio para cuidar y dirigir sus negocios, y aumentar su patrimonio en vez

(194)

de derrotarle en gastos supérfluos y placeres sin ningun provecho; y mucho menos cuando se dice que con vuestras locuras y desarreglos habeis jugado pródigamente casi toda vuestra herencia. Soi de opinion, que antes de casaros debeis ganar otra fortuna para poder mantener vuestra familia, y tener con que atender á las incomodidades de vuestra vejez, si Dios quiere acordaros una larga vida. Si hubieseis seguido las huellas de vuestros padres, las rentas que os dejaron serian suficientes para manteneros con comodidad y decoro; y yo me consideraria feliz de que unieseis vuestra suerte á la de mi hija. ¿Pero cómo al ver el atraso de la vuestra, y lo que es mil ve-

(195)

ces peor, la relajacion de vuestra conducta, he de daros la mano de mi hija para labrar su eterna infelicidad? Prefiero mas bien darla por marido un virtuoso sin riquezas, que un potentado sin virtudes. Me admira á la verdad, que asegureis con imprudencia que abriga vuestro corazon afectos tiernos por Carmosina. Es imposible: esta llama solo arde en una alma virtuosa, y la vuestra, entregada ciegamente á la abominable pasion del juego, no puede ocuparse de las dulces ilusiones del amor.» Maximino, con una respuesta tan dura como inesperada, se quedó sin sentido, hiriéndole de tal manera las espresiones de Minio, que parecia otro hombre sin espíritu y

sin accion. ¿Cómo, decia él luego que volvió á su casa, la prueba es la que me priva de un bien que ya creia mio? ¿Y es el juego la causa de negarme Minio la mano de su hija?... ¿y se ha de decir que Maximino es despreciado por su relajacion y malversacion?... No, no: jamas se diga que soi un hombre perdido. Cesaron ya para mí dados y cartas. El juego ha sido hasta aquí el placer de mi corazon y el descanso de mi tristeza: desde hoy será el objeto de mi mayor horror. Ya no será la ociosidad la causa de mis vicios y de la malversacion de mi patrimonio. ¡Ah, qué desgraciado soi! Ahora veo, aunque tarde, que aquellos que reprendian mi aficion al juego, eran

mis verdaderos amigos, pues que no deseaban mas que mi honor y felicidad. Ahora conozco, sí, el desenfreno y locura de la juventud, y la necesidad que tiene de los saludables consejos de la madurez, llenos de juicio y prudencia. ¡Ah, qué ciego he vivido! ¿Por qué no me habré enamorado antes para no comprometer tanto mi fortuna y honor?... ¿Mas de qué me sirven ya todas estas reflexiones? Ahora solo me resta arreglar mi conducta para lo sucesivo, y procurar conservar lo poco que he salvado del naufragio á fuerza de trabajo y economía, para borrar la primera mancha de mi reputacion, y recuperar lo que pueda de mis pérdidas. Puede que mi enmienda haga